

ventura que bajara á la tierra de los muertos
compartir. El estado predestinado á ser un
legion de victoriosos héroes ó de sublimes
mártires. ¿No es el deber de los hombres
velar por el honor de su patria, que en el
tránsito de la vida, despartidos ó soñando
obrar bien como si el cielo los mirara,
que el mundo los vea, y los siglos los
conozca?

Que Dios los bendiga y los consuele!

DISCURSO

pronunciado

en la gran velada literaria, con que se celebraron

el 15 de Diciembre de 1889

LAS BODAS DE ORO

del

ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE MÉXICO.



ILMO. SEÑOR :

SEÑORES ILMOS :

SEÑORES :

SI es grato en el siempre dulce y amoroso hogar, regocijarse en el aniversario del natalicio de un padre querido y respetado, gratisimo es también en el amplio seno de la familia cristiana, cuyos vínculos no han brotado de la carne ni la sangre, sino del espíritu, celebrar con santo júbilo el tierno recuerdo del día en que naciera á la inmortalidad del sacerdocio, un Pastor tan amante como amado, á quien el cielo colma de días para el alivio y consuelo de su grey!

Es claro para la fe, que es la iluminación del entendimiento, y natural y sencilló para la caridad, que es la sabiduría del amor;

pero para la sola razón humana es tan sorprendente como absurdo, el grandioso conmovedor espectáculo que estamos presenciando. Un pueblo triste como el desengaño y abatido como la desgracia, una nación á la que no despiertan de su sueño ni las angustias del presente ni los temores del porvenir, sacude de repente su letargo para entonar unísona un himno gigantesco de amor, para felicitarse á sí misma por la salud y la longevidad de un solo hombre, de quien en el orden meramente terrestre nada tiene que esperar ni que temer: éste es el singular y anómalo suceso que ante nosotros se está verificando.

Que la vanidad de las letras sabias según el mundo, que el oro único móvil de los corazones corrompidos, y el miedo, sólo resorte de las almas degradadas, hagan que los hombres queden deslumbrados por el brillo de la falsa ciencia, se inclinen ante la riqueza y se postren á las plantas del poder, ésa ha sido la triste historia de los mortales desde que el primer hombre prevaricó, ése el acervo de miserias humanas amontonado por los siglos. Pero que á un hombre anciano, ó inerte, á quien no prece-

den los lictores y siguen los verdugos del poder, ni circuye el pavoroso brillo de las armas; que no puede derramar tesoros de riquezas para comprar con ellas muchos esclavos voluntarios, y envilecer de raíz muchos corazones; que un hombre á quien todos los perversos odian y ultrajan, y todos los sabios del siglo llaman ignorante; una nación entera abandonando sus faenas, se agrupe en torno suyo, y respetuosa, venga de todos los vientos para decirle que lo obedece y lo ama, ése sí es un fenómeno tan portentoso, que sólo puede explicarse como una prolongación mística de las tiernas, y á la par tremendas escenas de Belem y del Calvario; como una continuación viviente de lo que el abate Gaume en la energía antitética de su lenguaje, llama el sublime desatino de los siglos: el mundo todo de rodillas á los pies del Crucificado.

Lo que humanamente no es explicable, la fe con una sola palabra lo explica todo: es digno de ese amor y de ese respeto de una provincia entera, porque es el primado de ella, porque es Obispo de una Iglesia, y obispo quiere decir, un mortal que ha llegado á la más alta dignidad á que pueda

alcanzar el hombre, un príncipe cuya corona no ha sido forjada por hombres con metales sacados de las entrañas de la tierra, sino que ha bajado de los cielos para que eternamente brille como un nimbo inmortal, pues el sacerdote lo será por toda la eternidad, según la palabra santa: "*Sacerdos, sacerdos est in aeternum.*" Y este príncipe espiritual cuya corona jamás caerá de sus sienes, tendrá un imperio sin límites en el mundo de las almas en nombre de El que lo envía, porque todo lo sabe en Aquel que lo inspira y todo lo puede en Aquel que lo conforta.

No hay monarcas ni repúblicos, príncipes ni magistrados, que sean más amados y obedecidos que los obispos: éste es el hecho que desde hace diez y nueve siglos está presenciando el mundo en la amplitud de su redondez, y es un hecho en sí mismo tan portentoso y trascendental, que no puede menos de provocar las más serias meditaciones no sólo del cristiano sino del filósofo. ¿Qué secreto han encontrado los obispos cristianos para hacerse amar como no lo fueran nunca los héroes y los sabios del mundo? ¿Qué misteriosa virtud tienen pa-

ra ser obedecidos, como no lo fueron los reyes del antiguo Egipto y los sátrapas de Asiria en el esplendor de su despotismo, ni los Césares romanos en la doble demencia de su crueldad y su soberbia?

El cristiano es el hombre más libre, el único hombre verdaderamente libre que existe sobre la tierra. No exíjese de él obediencia contra razón, sino por el contrario, un obsequio razonable. No hay peligro en que meditando sobre las grandezas de la religión que profesa, su fe se enturbie, ni su caridad se amengüe, antes bien, cavando en ellas como en veta inagotable y riquísima, más arraigará la una y más se encenderá la otra. Lícito será pues y saludable meditar unos momentos en común y en voz alta, por qué los obispos cristianos, serán tan profundamente amados y tan incontrastable y voluntariamente obedecidos.

Un obispo católico es lo más grande que en lo humano puede concebirse, por la sublimidad indecible de su carácter y por la incomparable magnitud de su benéfica misión. *Los ángeles de las Iglesias* los llamó durante muchos años la antigüedad cristiana.

El sello más patente de la divinidad del cristianismo es su sencillez misma á la par de su excelsa sublimidad. El reinado de Dios en el mundo, es decir, el reinado de la verdad y del bien en las almas por convicción y por amor, eso es la Religión cristiana. Nada puede concebirse más fácil y sencillo, y sin embargo, no ya el quererlo y el hacerlo, sino sólo el pensarlo excedía los límites del pensamiento humano, como lo atestigua la historia de la misma humanidad, durante el curso de los siglos. El pensamiento de la antigüedad toda, se hizo acción por decirlo así, en Sesostris, Ciro, Alejandro y César, en quienes se personificaron el Egipto, Persia, Grecia y Roma; la antigüedad entera, con sus ideales y aspiraciones, con sus sentimientos y pasiones.

En más de cuatro mil años el ideal de la antigüedad pagana fué sojuzgar al mundo sujetando los cuerpos por la fuerza. No tuvieron otro fin las expediciones de Sesostris, los combates de Ciro, las batallas de Alejandro ni las guerras de César: un pueblo dominador y los otros dominados, un tirano é incontables esclavos; fué la única y constante aspiración del paganismo. No

desconoció la existencia del alma humana ni su inmortalidad, y sin embargo nunca pensó la antigüedad en hacerla feliz, ni menos en dominarla por la persuasión y el amor. Y por increíble que parezca, el mundo moderno á medida que se aleja de la idea cristiana, torna á caer en el mismo olvido que el paganismo: no cree más que en el poder del oro y de la fuerza, no quiere almas voluntariamente sumisas, sino cuerpos brutalmente esclavizados. Más de diez millones de hombres secuestrados al hogar, al trabajo y á la felicidad propia y ajena: armados de los más terribles instrumentos de muerte y desolación y listos ya para despedazarse á la primera señal, es el tristísimo y horripilante espectáculo que ofrece por primera vez nuestro siglo para escándalo de la historia. Los de Atila, Genseric y Gengis Kan fueron siglos menos sangrientos que el nuestro, abierto por Bonaparte con torrentes de sangre humana y que Bismarck amenaza cerrarlo con espantosas hecatombes.

La idea de un reinado inmortal sobre las almas por amor y para la felicidad de ellas mismas, excede tan desmesuradamente al más

alto vuelo del pensamiento humano, que no puede ser sino divina. Y lo que la lógica demuestra, la historia con hechos lo confirma.

Henchido está de amor y sabiduría infinitos, el plan divino en orden á la redención humana. Para rehabilitar á la humanidad caída, antes que todo, necesario era reconciliarla con su Creador, mediante un sacrificio de valor inmenso, en que se adunaran la justicia sin límites y la misericordia sin término. El fruto de la redención sería que Dios mismo alumbrase el entendimiento humano para que conociese la verdad, encendiese la voluntad del hombre para que amase el bien y le diese fuerza sobrenatural á sus desmayadas potencias, para que profesase la una y practicara el otro. Esto es en compendio el Cristianismo, ésta fué la obra excelsa y sacrosanta de Nuestro Redentor. Pero su obra hubiera sido incompleta, si después de haberse hecho Hombre Jesueristo, no hubiera proporcionado medio al hombre de deificarse en El; y trunca hubiera quedado si no hubiera proveído los medios para que se eternizara, perpetuándose de generación en generación sobre la tierra, y yendo á rematar en los cielos

Si Jesueristo hubiera abandonado á sólo los hombres su obra, en manos tan infieles el sagrado depósito hubiera perecido, como se perdieron las tradiciones paradisiacas para la mayor parte del mundo, y como para muchas naciones se ha perdido la verdadera fe al desgarrarse la túnica inconsútil de la Iglesia. Para hacer tan eficaz como perdurable su obra de amor, Dios mismo se quedó por todos los siglos en medio de los hombres, real y verdaderamente, aunque velado por los misterios del más augusto de los sacramentos. Si se hubiera quedado en cuerpo mortal como cuando vivió en la tierra, la ingratitude humana lo hubiera crucificado muchas veces, ó la vida social y política del mundo hubiera cambiado radicalmente, pues los elegidos se hubieran agrupado en torno suyo, y para ellos el cielo hubiera comenzado desde la tierra. Al permanecer entre nosotros sacramentalmente, quedaron conciliados el amor y la sabiduría infinitos, en tan inefable como sublime manera. Jesueristo pues, no sólo espiritualmente infunde vida á la Iglesia, su mística esposa, sino que permanece en ella y permanecerá hasta la consumación de los si-

glos real y verdaderamente, como una Víctima constante de propiciación y como una fuente inagotable de amor, de la que manan todos los dones y gracias que santifican al mundo. *(Por eso Santo Tomás llama al de la Eucaristía, el más excelente de los sacramentos y la consumación de ellos).*

Habiendo, pues, descendido á la tierra para santificar á los hombres, y no debiendo permanecer entre ellos para siempre y visiblemente Jesucristo, su sabiduría dispuso, que los sacramentos que son los medios de la santificación, fuesen dispensados por hombres y lo fuesen por signos visibles que comunicasen gracias invisibles.

Como por naturaleza los hombres nacieron para vivir en sociedad, natural era que también para su santificación viviesen congregados en su tránsito por la tierra; pero ninguna sociedad humana es posible sin que unos manden y otros obedezcan, y ése es el doble fundamento de carácter y de jurisdicción, en que reposa la inmovible jerarquía eclesiástica, sin la cual no habría Iglesia, y sin ésta, frutos de la redención para todas las generaciones humanas hasta la consumación de los siglos.

No bastaba si la Iglesia había de perpetuarse, que Dios en su misericordia hubiera otorgado á los hombres la facultad de derramar en la tierra los tesoros del Cielo, que á tanto equivale la de dispensar los sacramentos, sino que se necesitaba además, que les diese la inconcebible prerrogativa de poder transmitir esa tan excelsa facultad á sus hermanos, y eso fué precisamente lo que hizo al instituir el Sacramento del Orden Sacerdotal, del que son los dispensadores los Obispos, en quienes reside la plenitud del sacerdocio, y á quienes con razón los primitivos cristianos en su santa simplicidad llamaron, “místicos y espirituales engendradores de sacerdotes.”

Con tan singular y maravillosa prerrogativa, son los Obispos como la clave de ese inmenso edificio espiritual de almas humanas, que se endurece y purifica al fuego de la encendida hornaza del mundo, para brillar después eternamente en la ciudad de Dios. Los sacerdotes son como los excelsos exploradores de las alturas, que constantemente están escalando el Cielo para que á torrentes se derramen sobre la tierra las misericordias del Señor. Flor y primicias de

la especie humana son los sacerdotes; como la legión célica encargada de retener á Dios entre los hombres, aprisionándolo con las redes que El mismo tejiese en su infinito amor. El sacerdocio es el cimiento inamovible en que descansa todo el edificio cristiano, y sin obispos no hubiera sacerdocio. ¿Qué juicio deberemos formar, pues, de la altísima dignidad de un Obispo? Si la fe no nos alumbrara, lícito nos sería dudar en presencia de un Obispo, si debiéramos tenerlo más que por humano por un serafín disfrazado de hombre, pues realmente aunque por naturaleza sea inferior, por gracia está elevado á más alta dignidad que el ángel mismo.

Si por su altísima dignidad no merece ser respetado y obedecido, ¿qué es lo que puede haber entonces, digno de respeto y de obediencia sobre el haz de la tierra? Jesucristo mismo ha bajado del Cielo y se ha hecho hombre, para decirnos: mis Apóstoles y sus sucesores quedan en mi lugar, y en prueba de su misión me pongo Yo en sus manos con todos los tesoros de mi infinita ternura. ¿Qué embajadores puede haber de Señor más bueno y poderoso? Qué creden-

ciales más auténticas que las de esos enviados del Rey Inmortal; para los hombres de buena voluntad las credenciales que todo Obispo trae del Cielo, son más fulgentes que si estuvieran escritas con luz de estrellas y selladas con fuego del Sinaí.

Locura sería el creer que cuando los Obispos hablan es á ellos á quienes obedecemos. La verdadera fe bien sabe al escuchar esa voz, reconocer en ella otro acento de dulzura incomparable, el mismo que hizo caer de hinojos á la Magdalena cuando llorando y pugnando por asirlo, sólo le decía enajenada: ¡Rabouni! ¡Maestro! ¡Abisma meditar en la altísima dignidad del carácter episcopal! Anonada el pensar que Dios haya extremado su bondad para con el hombre, hasta el punto no sólo de prestar su voz á los Obispos, sino que para enseñarnos á obedecerlos, haya comenzado por ponerse El mismo en sus manos.

Y tan digno de amor y de obediencia es un Obispo por la santidad de su carácter, como de profundo agradecimiento por la benéfica trascendencia de su misión sobre la tierra. De los múltiples deberes episcopales, tres son los más prominentes, ó más

bien dicho, en tres de sus funciones se compendian y resumen todos. Enseñar á su grey, rogar por ella y ampararla, son las tres funciones episcopales por excelencia: un Obispo por tanto, es un sér superior, cuya vida está consagrada constantemente á orar, á pensar y amar; las tres cosas más elevadas y más santas, que los hombres pueden hacer en la tierra y aun los ángeles mismos en el Cielo,

La verdad es tan bella, que si pudiéramos verla, decía Platón, quedaríamos enamorados de ella. Es un tesoro de tanto valor, que por alcanzar uno solo de sus destellos, el mismo Platón iba hasta el fondo del Egipto y Pitágoras á la Magna Grecia: Aristóteles sufría las veleidades de Alejandro; y Plinio se ahogaba, por querer espiarla al borde de un cráter inflamado. Loores de eterno agradecimiento entona el mundo á los sabios, porque le han arrancado á la naturaleza alguno de sus secretos ó vislumbrado alguna de sus misteriosas leyes. ¿Qué amor y gratitud merecerán los Obispos, que por deber y por conciencia, son los eternos guardadores de la verdad, y no de una verdad restringida y relativa, del orden natu-

ral ó científico, sino de la Verdad Absoluta, á cuyos resplandores las generaciones todas deberán atravesar el tortuoso sendero de la vida humana para llegar á su inmortalidad dichosa?

Si los Obispos no estuvieran defendiendo constantemente á la verdad de los incesantes ataques del error, ya estarían hechas añicos la familia y la sociedad, y el mundo todo anegado en un nuevo diluvio de errores y demencias. Seríamos ya paganos con Juliano y blasfemos con Arrio. Los pelagianos nos hubieran hecho autómatas y los modernos filósofos reducido á la condición de bestias. El comunismo nos hubiera dejado sin un pedazo de pan; el divorcio y el amor contrato, sin familia; y la falsa libertad sin acción ni palabra, sin pensamiento ni conciencia. Es tan estimable la verdad, que vale en sí más que todos los tesoros de la tierra; los bienes sensibles que proporciona, son nada en comparación de los bienes invisibles que comunica. El que enseña una sola verdad, da más que si diera oro y pedrerías: la dádiva del que nos inculca en la mente una sola idea verdadera, es más rica y generosa que si ciñera á

nuestras sienes la corona del más poderoso imperio.... Y los únicos que regalan verdad sobre la tierra son los obispos, porque son los únicos que la tienen y que por mandato expreso de su Señor no pueden guardar ese inmenso tesoro para sí. Propagar y defender la verdad es cuidado tan preferente del Obispo, que los mismos Apóstoles dijeron: "Nos orationi et ministerio verbi instantes erimus." Dedicuémonos de preferencia á la oración y predicación. Si no hubiera obispos, el mundo quedaría más á oscuras que si se apagara el sol.

Da mucho el que da un tesoro, pero daría mucho más el que con el tesoro diera discreción para gastarlo, y alegría y salud para disfrutarlo. Los obispos no sólo dan la verdad, sino que nos alcanzan con sus oraciones luz para conocerla y voluntad para amarla. La predicación separada de la oración nos daría la verdad cadáver, no la verdad viva. ¿De qué valdría plantar y regar sin pedirle el incremento al único que puede darlo? ¿Si el mundo supiera lo que valen las preces de un obispo! Según la bella frase de San Agustín, "la oración que de la tierra sube al Cielo, hace que el Cielo baje

hasta la tierra." Si éste es el maravilloso poder de las oraciones del más miserable pecador, ¿qué poder no tendrán las preces de los obispos, elevados por Dios al sumo sacerdocio, para que giman sin cesar por los pecados de su pueblo y hagan constante violencia al cielo para que tenga piedad de sus rebaños. Como Moisés, mientras ellos tienen las manos levantadas, el pueblo fiel obtiene la victoria en los terribles combates de la vida humana. Cuando bajan los brazos, el hambre tétrica y las impetuosas inundaciones, la peste voladora y las sangrientas guerras asuelan el mundo, y los rugidos y llamaradas del infierno lo espantan y lo calcinan.

Dios, que bien conocía la flaqueza de nuestra naturaleza, que bien sabía todas las tentaciones é ignorancias, debilidades y amarguras que abreviarían nuestra fugaz existencia aquí, nuestro breve pero dolorosísimo tránsito á través del tiempo; quiso en las ternuras de su bondad, que los obispos fuesen no sólo los altos faros que iluminasen las revueltas olas del mar de la vida y las potentes alas con que subiesen nuestras preces á la altura, sino que el corazón

episcopal fuese también, el amplio y sagrado asilo donde encontrasen consuelo y refugio todas nuestras miserias. Desde hace diez y nueve siglos, los obispos son la luz y disciplina de los monjes y vírgenes consagrados al Señor; el hospital para todas las enfermedades humanas; el horno siempre encendido en que se cuece el pan de los pobres; la paternidad de los huérfanos; el libro siempre abierto en que todos aprenden la santa caridad: en una palabra, la santa y sublime caridad cristiana, con el corazón y los brazos siempre abiertos para todos los que sufren y para todos los que gimen.

Espejo pastoral han sido llamados los obispos, y el espejo son en verdad en que se reflejan todas las virtudes cristianas. Ellos con su palabra inculcan la fe y la doctrina, con sus oraciones alientan nuestras esperanzas, y con el ejemplo, que es la más persuasiva de las elocuencias, nos predicán la caridad. Meditándolo bien, ¡qué cosa tan admirable es un obispo! Un conjunto de maravillas es una especie de sér sobrehumano, mitad hombre y mitad ángel, con los pies en el suelo y con la cabeza en las nubes. El entendimiento necesitan tenerlo

siempre lleno de todas las verdades eternas, porque las almas humanas en su terror y en su ignorancia todo lo preguntan; y el corazón henchido de todas las compasiones, porque de todas necesitan las miserias de los hombres. A una alma fortalecida con todas las virtudes necesitan agregar un cuerpo de bronce más fuerte que todas las fatigas. El sueño de sus noches es la oración y las lágrimas, y el descanso de sus días los trabajos del Apostolado. Si los obispos no estuvieran unguados en el alma y el cuerpo con el óleo misterioso de la fortaleza, sucumbirían desfallecidos al peso invisible pero enorme de su carga. Si la religión cristiana no fuera divina, un obispo sería un imposible!

Después de haber reflexionado unos momentos en lo que es un obispo, ya no necesitamos preguntar por qué los obispos cristianos serán tan reverentemente obedecidos y tan entrañablemente amados; porque á su paso las muchedumbres doblarán la rodilla, y porque hoy lo mismo que hace siglos, se postrarán en su presencia muchas frentes que no se inclinarían delante de los Césares. Por grande y conmovedor que sea, ya no puede sorprendernos el espectáculo que